



Crítica

de Ignacio Valente

0362
AAJ

000133991

La Poesía de Gonzalo Rojas

La memorable obra lírica de Gonzalo Rojas se remonta a evocaciones de infancia —“el río que me llama: Leba, Leba” — marcadas con un resaca de dureza y melancolía, que arrastra a su escritura un secreto étnico: “Mortal, mortal vivir / meter a nadie en esto de nacer; somos hombre”. Tras la indigente rídea sarriá, el poeta se haría “del Santiago-capital-de-no-se-qué”, y también “del opio virgo de esas mandrágoras, más livianas de liviandad literaria que venenosas”, abisado a su paso fugaz por el surrealismo riello. Viene luego, siguiendo los pasos de la Mistral y Neruda, el ingreso a retorno a la materia americana, con un claro matiz diferencial: si la materia, la tierra, lo telúrico, penetran en la voz más allá de sus antecesores, reconfigurando la dureza o el ritmo vital del verso, en Rojas esta presencia es más bien objetiva y externa: es lo pensado y lo cantado, con cierto grado de abstracción discursiva. La suya es una poesía del conocimiento, semejante a la del argentino Gironi y del mexicano Paz.

Rojas ataba en la Mistral suusteridad frente a las modas y las vanguardias experimentales; esta losa es en cierto modo una autodefusión. Se nota su paso por más escuelas, pero especialmente el de la poesía de la década de los treinta, con una mayor parata cognoscitiva. Por otra parte, Rojas se siente también lejos de la antipoesía y el prosaísmo religioso —Cardenal y Parra—, si bien ha asimilado algo y más que algo de su desentado y llavea, a partir de acontecimientos comunes: Catulo en la antigüedad, Pound en nuestro siglo. Para él mismo expresa una diferencia esencial:

Uno eterno: “No / somos de aquí pero lo somos. / Aire y Tiempo / dicen santos, santos, santos”.

Cero posible y aun necesaria una lectura religiosa —religiosa-agónica, a lo Unamuno— de la obra poética de Gonzalo Rojas. No se trata, por cierto, de ninguna ortodoxia doctrinal, sino de aquel dominio previo e innato que la antropología llama lo sagrado, lo místico, el misterio fascinante, la majestad terrible que la intención poética vislumbra entre lo efímero de las cosas terrenas. Esta obra está llena de heresia, o manifestaciones visibles de lo divino: así, la luz, el sol, “el resplandor / blanco de la Eternidad”. Estas presencias del Principio y del Fin concurren a sus textos como nubes de escritura sagrada: “cuando El llamó a Pedro y vino Pedro / por esa puerta, se sentó / en mi silla, carrilón / en armonía, siguió escribiendo / por mí / llamando”. Algo de los Salmos y del Apocalipsis contiene su anuncio de la levedad de esa puerta que sella tiempo y eternidad, con la consiguiente transcendencia de la Revelación: “Antimateria de los siete siglos, si este Vidrio se quiebra, / ¿verás Tu Rostro y hablará por Tu Palabra?”.

Lo mismo se percibe en el eclogismo místico de una poesía, en la que las huellas del Cantar de los Cantares caen a la medida: “a pegos / fragante de Parado la he comparado / por las tierras largas de su viento”. Puede decirse que el problema del amor, central en esta obra, está planteado así siempre en términos relativos. Es tanto la plenitud como la pobreza del verso terrestre lo que lleva al Amor absoluto: “Hortiguas y orguenos son dos pétalos en una flor de un mismo lirio, trocado

La poesía de Gonzalo Rojas [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La poesía de Gonzalo Rojas [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile